

# El guerrero de Laderroof

Había una vez un guerrero llamado Marcus Ladern que vivía en Laderroof, un reino dominado por su tío, el Sr.Arvin Rodin Ladern.

Un día el rey llamó a Marcus y le dijo:

- Marcus, sé que esto tendría que hacerlo yo por ser el rey, pero el señor de los monstruos nos ha mandado un ejército lo bastante grande como para destruirnos, por eso te pido por favor que vayas a destruir la esfera con la que ese rey crea sus monstruos.

-Sí, mi señor, os prometo que acabaré con esa esfera y con su dueño también.

Esa noche, Marcus se durmió temprano, pues salía de mañana hacia el reino Maldito.

Por la mañana, cuando ya salía, su amigo de infancia y guardia real, Mathew de Castellón, le dijo:

-Marcus, no vas a partir solo, yo iré contigo, si mueres, moriré yo contigo.

-Está bien, pero va a ser un viaje duro.

-Estoy preparado.

Así los dos jóvenes guerreros partieron hacia el reino Maldito.

Cuando llevaban un día de viaje se encontraron con un poblado pequeño con pocos habitantes y, al parecer, todos estaban muy tristes.

-Mathew, voy a comprar provisiones; tú ve a buscar un sitio donde podamos alojarnos -le dijo Marcus.

Marcus entró en una tienducha pequeña, pero parecía que tenía las cosas que necesitaba. Lo atendió un joven alto con cara triste y ojos expresivos:

-¿Qué desea, señor?

Marcus le dijo lo que quería y cuando el joven le dio su pedido, Marcus se fijó en la extraña marca de su brazo derecho: era una marca con forma de algo que Marcus no reconocía, pero no preguntó.

Él y su compañero se encontraron frente al lago y desde allí se fueron a la posada donde se acostaron a dormir.

A media noche los dos guerreros se levantaron debido a unos gritos. Los dos guerreros miraron por la ventana para ver qué

pasaba: había gente huyendo y casas ardiendo.

Marcus y Mathew salieron, espada en mano, para enfrentarse a los causantes de ese horror. De pronto, un grupo de bestias salieron de una casa. Eran peludas, grandes y tenían una cara alargada y ensangrentada. Uno de ellos, el más grande, llevaba un cuerpo que no se sabía de qué sexo era, porque estaba completamente destrozado y le faltaban miembros.

Cuando Marcus y Mathew ya habían atacado y matado a uno de ellos, se oyeron rugidos y pisadas seguidas de un arco de fuego que salió de la nada y mató a otras dos bestias. De pronto, salió de la oscuridad un dragón, y en su lomo estaba el mismo joven que le había atendido en aquella tienducha en la que había entrado horas antes.

El dragón fue directamente a por el que tenía el cuerpo, el cual soltó para enfrentarse al dragón, aunque no tuvo oportunidad, pues el dragón lo atrapó entre sus zarpas. El jinete desmontó y fue hacia la bestia. El joven cogió una espada, que era muy rara pues a cada centímetro que se acercaba a la bestia más brillaba y más se retorció la bestia. Cuando la espada tocó la piel de la bestia su cuerpo empezó a arder y se quemó por completo.

Las otras bestias se fueron corriendo y el jinete fue tras ellas.

Los dos guerreros quedaron pasmados con lo que acababan de ver, pero despertaron y marcharon hacia la posada a recoger sus cosas, pues tenían que partir hacia su destino.

Cuando salieron del pueblo, se encontraron con el muchacho que montaba el dragón, que estaba a su lado. El joven les dijo:

-Guerreros, me llamo Jack, y estoy aquí para preguntaros si puedo acompañaros a vuestro viaje al Reino Maldito.

-¿Por qué quieres acompañarnos a ese reino?-preguntaron los dos guerreros a la vez.

-Porque ese lobo grande que maté ayer, mató a mi madre, por eso quiero ir con vosotros, para matar a su señor.

-Está bien, vamos-indicó Marcus.

Los tres guerreros caminaban por el bosque cuando una manada de hombres-lobo los atacó. El joven jinete les dijo que se montaran en el dragón y, aunque no con mucho gusto, los guerreros lo hicieron y emprendieron el vuelo.

Cuando estaban en el aire, Marcus y Mathew le preguntaron a Jack por qué no los había dejado luchar. Y el jinete les respondió:

-No os dejé luchar porque, para matar a los monstruos del Reino Maldito, se necesita una espada o bien de oro élfico o la

espada debe ser bendecida por cualquier seguidor de la iglesia, por eso no os dejé luchar.

-Pero ¿dónde se puede conseguir una espada así?-preguntó Marcus.

-No se puede conseguir, se tiene que forjar, y a eso vamos. Vamos primero a buscar el oro y después a la herrería de un viejo amigo de mi padre.

Viajar en dragón era más rápido, y aunque arriba hiciera mucho frío, preferían viajar así.

Para conseguir el oro élfico tenían que adentrarse en una cueva oscura de donde salían unos gritos espeluznantes. Tenían miedo de entrar ahí, pero, si no lo hacían, los subordinados del rey Maldito destruirían el mundo tal y como lo conocemos.

Los tres guerreros se adentraron en la cueva y siguieron los laberintos que había. Tardaron en llegar hasta el oro, pero llegaron. El oro estaba en una montaña grande en anchura y altura. Marcus sacó de su bolsa de viaje una bolsita mediana y empezó a coger oro. Cuando se disponían a marchar los sorprendió un trol gigantesco con un mazo de oro con puntas de plata. Los tres guerreros tuvieron que huir, pues el trol era un habitante del Reino Maldito y solo Jack podía hacerle frente con su

espada. Salieron por un hueco y cayeron al vacío.

El primero en despertar fue Marcus y él despertó a los otros. Cuando Jack despertó, llamó a su dragón y, cuando llegó, se montaron en él y partieron hacia la herrería que forjaría sus espadas.

Estuvieron dos días de viaje. Llegaron a un pueblo pequeño. Fueron a la herrería directamente; pero ya había oscurecido y el herrero les dio de cenar, un sitio donde dormir y sitio para que descansara el dragón.

Al amanecer, fueron a hablar con el herrero para que les forjara las espadas y dijera el precio.

-Os lo haré gratis, pero tendréis que pagar vosotros los materiales mientras las forjo.

-¿Cuánto tardarás en forjarlas?-preguntó Marcus.

-Podría tardar tres días, pero si empiezo hoy tardaré uno - dijo el herrero, y se puso al trabajo.

Los guerreros fueron al pueblo a comprar los materiales y a visitar el templo sagrado del Dios del pueblo.

Era tarde y estaba oscureciendo, las calles estaban desiertas y los guerreros entraron a una taberna a tomar algo.

Apenas habían entrado y se les echó encima una multitud de gente. Los guerreros sacaron sus espadas. En ese momento la gente se apartó y los tres guerreros se fueron a casa del herrero.

Cuando llegaron, se llevaron una sorpresa. El herrero ya había acabado las espadas y las había dejado encima de la mesa.

Los tres guerreros entraron a la cocina y encontraron los cuerpos de la mujer del herrero y el herrero. Faltaba el hijo del herrero, así que lo buscaron y lo encontraron dentro de la herrería, detrás de la fragua. Le preguntaron qué había pasado y el joven les contestó:

-Tres trols vinieron y cogieron a mi madre y a mi padre. Les dijeron que si no les decían donde estabais vosotros los matarían. Mi padre no se lo dijo, así que los mataron, pero antes me dijo que, a cambio de las espadas, os pedía que me llevarais con vosotros para ayudaros, pues antes de morir mi padre me dio conocimientos herreros y os puedo hacer reparaciones o escudos o cualquier cosa que me pidáis. Dejadme ir con vosotros.

-Está bien, prepárate, saldremos mañana al amanecer y hoy le haremos un entierro digno a tus padres, por su lealtad.

Empezaron a cavar mientras el joven, que se llamaba Rod, hacía dos tumbas de piedra con un escrito que decía: "Aquí yacen

Sir Michael de Aragón y su esposa Teresa de Aragón, que fueron leales hasta la muerte.”

Los cuatro durmieron muy poco y muy de mañana montaron el dragón y fueron hacia el Reino Maldito, que estaba solo a dos días de camino, hacia el norte, donde les aguardaba lo peor que se puede imaginar.

Cerca del Reino Maldito no había pueblos, por el miedo a que les atacaran, por eso tenían que comer de lo que había en el bosque y dormían escondidos en los árboles.

Se notaba que estaban cerca de su objetivo, pues ahora nunca había claridad, el día y la noche se confundían y las nubes del cielo siempre eran rojas. Cuando llevaban un día y medio de viaje vieron a lo lejos las torres del castillo y volando a su alrededor había unas bestias con alas, parecían dragones, pero tenían pelo y eran un poquito más pequeños.

Optaron por el sigilo y el dragón se tuvo que quedar en la montaña. El plan era simple y Marcus lo empezó a explicar:

-Escalaremos por la muralla, después uno subirá hasta lo alto de la torre de la esfera y nos echará la escalera para que subamos. Una vez dentro cogeremos la esfera y llamaremos al dragón, para que junto con su aliento y nuestras espadas la



destruyamos. Después viene lo más difícil, tendremos que matar al rey de este castillo y no solo nos enfrentaremos a él sino a toda su guardia.

Empezaron con el plan, pero no les salió demasiado bien, pues los estaban esperando y, aunque lucharon, los cogieron y los llevaron a las mazmorras. Les habían quitado las espadas y los barrotes eran de puro hierro, así que solo les quedó esperar y pensar un plan y a Marcus se le ocurrió uno:

-Estos barrotes son de hierro, así que se fundirán si les aplicamos mucho calor.

-Sí, pero aquí no hay suficiente calor, ni sitio donde hacer fuego- dijo el herrero.

-Sí que tenemos, nos han dejado encerrados delante de una estufa de leña, podemos coger la leña de nuestras camas y encender un fuego justo debajo de los barrotes -dijo Marcus.

- Claro, es una idea fantástica.- aprobó Rod.

Lo hicieron y, aunque tardaron, pudieron escapar e ir a destruir la esfera. Esta vez no tenían plan, solo iban a matar. Recogieron sus espadas y cogieron la esfera, fueron a la parte más alta del castillo y desde allí llamaron al dragón y, junto con su aliento, destruyeron la esfera. Ahora iban a por su dueño.

El rey era alto, musculoso, y no era humano. Parecía una combinación de los monstruos que estaban a su servicio. Él atacó primero, pero era tan lento que lo pudieron esquivar fácilmente. El dragón, que había entrado por un ventanal muy grande, lo atrapó contra el suelo y los tres guerreros le clavaron las espadas en el corazón y se apartaron. El cuerpo empezó a vibrar y de pronto explotó. A los cinco minutos, todos los monstruos del castillo explotaron y el castillo empezó a derrumbarse. Todos montaron en el dragón y salieron por el ventanal.

Mientras dejaban el castillo que se derrumbaba, pensaban en la aventura que acababan de vivir.

Estuvieron volando sin parar durante tres días y llegaron al reino de Laderroof.

El rey los recibió con cariño, les dio una succulenta comida y, por último, convocó a todo el reino para que asistieran a la coronación de Marcus, que ahora estaba al mando del reino que todos sus antepasados y él habían protegido con su vida.

FIN

Juan Sebastián Osorio Ospina | A